—Razones de tanto calibre como las que á seguida se detallan: ausencias frecuentes, é injustificadas para el señor Ministro, que no concibe se falte á la obligación por la devoción al arte; torpezas múltiples, enredos numéricos á diario, conflictos provocados y agravados á causa de la supina ignorancia del infrascrito en la ciencia matemática y el agrio humor que las adversidades le han creado... No, el Ministro tiene razón de sobra. Cuando el Subsecretario me llamó y me dijo: «Fontes, amigo mío, lo siento mucho...» yo le contesté: «Sí señor, hacen ustedes bien, porque yo no sirvo para el puesto.» No sirvo, no sirvo (*levantándose*) ni para ése, ni para ningún otro. Yo soy escultor, he nacido escultor. ¿A qué me ponéis á sacar cuentas? ¿á qué á pasar notas en limpio? Me obligarais á cantar misa, y tampoco daría pie con bola; por eso, porque cada cual es para lo que es, y sanseacabó!

Tobi, recordando las desventuras del Remate, murmuraba:

—Sí, sí.

Y la expresiva mirada de Leonardo, decíale:

– ¿Ves? aquí tienes la prueba de cuanto hemos venido hablando.

Roberto, cruzado de brazos, preguntaba con terrible calma:

—¿Qué hacer? si no sirvo yo para nada, si estoy en mi patria de más, si el pan de mi madre no sé ganarlo...

De pronto descargó tremendo puñetazo sobre la frente, y exclamó:

—¡Talento, inspiración, dones fatales! ¿Por qué, por qué no nací borrico, para tener el derecho de ser feliz?

En la misma silla desplomóse, y otra vez sumió la barba en la pechera. Así como el ánimo se conturba y la lengua se paraliza, cuando la pavorosa lucha de los elementos nos sorprende, ante aquella grande desdicha Leonardo y Tobi seguían silenciosos.

El llamador sonó una, dos, tres veces, y la cancela se abria; las losas del patio resonaban, el saludo de Rocco, el cancerbero

italiano, oíase acariciador, aquel *buona sera, signori,* de tenorino constipado, y otros infantiles, algunos broncos:—¡Buenas noches, Rocco!... de los socios fieles, de los maestros puntuales, que el centro sostenía con grandes sacrificios, de los alumnos entusiastas, que recibían gratis el maná del arte, en cumplimiento del artículo fundamental de la benemérita asociación: *difundir por todos los medios los conocimientos artísticos y fomentar el gusto y su cultivo en la República.*

Leonardo se asomaba á la puerta de la salita, y saludaba:—¡Buenas noches!—á veces sin saber á quien, porque el farol no alumbraba bastante.

Y Roberto ni Tobi se movían, abismados. Pero, cuando oyeron á Leonardo que decía:—¡Hola, Simón! ¿qué tal? Roberto hizo ligero ademán de incorporarse, y Tobi adelantóse á recibir al joven bien puesto, simpático y sonriente que llegaba.

—¡Ya tenemos á Roberto amilanado! pero señores, ¿no venden en las boticas filosofía, paciencia, resignación, esperanza y

otros medicamentos tales para el alivio de las almas enfermas?

—¡Figúrate—le sopló Leonardo—que le han destituído!

Con una mueca elocuente, Tobi quiso decir:

—¡Figúrate! bueno está el pobre para bromitas.....

Y Simón Llano, cuya excesiva pulcritud, vestir correctísimo, botas charoladas y bastón con puño de oro, revelaban que á la ingrata paleta no debía tan insignes favores, sino al trabajo material de Llanos burdos y sencillotes, que quizá se pasaran la vida tras el mostrador ó el arado, se acercó á su amigo, sacudióle la mano lánguida y riéndose, con guasona solemnidad:

—¡Lázaro, levántate!—dijo—¡ven acá, Roberto, y no seas mandria!

Más que á la voz profética, obedeció el cuitado al violento empujón del otro; quien le alzó, obligóle á dar media vuelta, y abrazándole porque no perdiera el equilibrio; repetía:

—¡Pero, hombre! parece mentira.....

—Eso, parece mentira—rezongó con mal humor Roberto.—¡Déjame! ¡pues qué! ¡si tendremos todos los hígados del señor don Simón, para trocar los pinceles por el garrote de porquero!

—¡Mira, zonzo, mal hablado!—replicó vivamente el pintor—ese *D. Simón* con retintín no me desagrada tanto como crees, pero lo de *porquero* lo encuentro delicioso. ¡Porquero, sí señor, y á mucha honra! no será el primer pintor que ha guardado *chanchos*. ¡Aprended de mí, amantes de las estrellas, ladradores de la luna! ¿No está el país para *fiorituras*, como diría nuestro fiel Rocco? pues meto los pinceles en la bolsa y me voy con la música á otra parte. Es decir, á ninguna; porque no volveré á tocarlos en mi vida, como no me tiente el demonio algún día y dé en la flor de retratar los interesantes perfiles de mis huéspedes, que será lo mismo que sacar la catadura de muchos personajes humanos conocidos. No, desesperaos si no, y arrancaos los pelos, y maldecid del

destino, y como último recurso acudid á romántico suicidio! ¡Oye, tú, cabeza sin tornillos! no te empeñes en navegar contra la corriente, porque te hundirás sin remedio. ¡Imítame, imítame, hombre! si no sabes sacar cuentas, me parece que sabrás hacer de pastor... ya ves, oficio más noble y llevadero! te embruteces, pero comes, que es lo esencial.

—¡Pero, Simón!—interrumpió Tobi con malicia—buenas doctrinas son esas para un socio fundador del *Fomento*, y para quien ¡vamos! no pasa miserias ni cosa que lo valga.

—Amigo Montiel, en primer lugar.....

Con el bastón hizo ágiles remolinos, y lo plantó majestuosamente. En primer lugar, los tiempos cambian, y con los tiempos los hombres, ¿no lo dijo esto alguien? Si no lo dijo, dicho quedaba. El había soñado una cosa y le resultó otra: pues á fuer de hombre capaz y de sentido práctico, á ello se avenía, por no haber más remedio en lo humano. Había nacido con golosas aficiones

á todo lo bueno que en este valle endulza un poco el amargor de la vida, y como sus recursos eran insuficientes para poder catarlos á boca llena, cual su inmoderado apetito lo solicitaba, y esperar aumentarlos por medio del arte era pedir gollerías, arrojaba los inútiles pinceles.....

—¿Estoy en razón?—preguntó al fin, enarbolando el junco.

—Sí, padre, digo, sí, señor don Simón—contestó Roberto apresuradamente;—aquí, delante de mis compañeros de extravío, confieso mi falta, y pido perdón de haber ofendido al sentido común. Pronto estoy á cumplir la penitencia... á ver, señor don Simón, ¿quiere usted darme un cargo cualquiera en esa ilustre piara que va usted á dirigir?

—¡De mil amores, si es que hablas en serio! Amigo mío, en todo caso tendremos el derecho de decir los dos: ¡ay arte, cómo me has puesto!

La sonrisa con que Fontes subrayó su burlesca salida, se borraba poco á poco. Y

el gran Leonardo, desde la puerta, que no cerraban á causa del excesivo calor, mostrando el grupo de neófitos que en las salas de enfrente apiñábanse atentos y trabajadores, decía:

—¡Que estáis faltando á vuestra misión! ¡Si esas almas entusiastas os escucharan!

—¿Me dejas hacer la obra de caridad—saltó Simón Llano con desenfado—de ir á predicarles la verdad pura? á gritarles: muchachos, no seáis tontos, que perdéis el tiempo, que esto del arte es una filfa y vais á moriros de hambre.....

Reíase Leonardo y le imponía silencio.

—¡Qué van á oirte, Simón!

Se apartaron de la puerta, porque llegaba un grupo de socios, literatos, pintores, escultores y músicos, guardadores abnegados del fuego sacro, que al modesto templo acudían á consagrar en las aras de la diosa inmortal los breves alientos que la lucha por la vida les dejaba.

—¿Tú, tú también, valeroso titiritero del pentágrama?—dijo Simón á un joven flacu-

cho y modestamente vestido.—Adelante, Mozart en ciernes.....

La sala resultaba pequeña para tanta gente; y así, no todos entraron, aunque no pasaban de seis. Leonardo preguntaba si era día de asamblea; á lo que el *Mozart* flacucho, con muchísimo respeto, contestó:

—No, señor presidente... al menos yo no he recibido citación.

Uno de cara plácida y ojos atravesados, poeta crónico é incurable por más señas, empleado, ¡oh Polimnia cruel y despiadada! empleado de saladero, uno, digo, cuya voz desabrida los pelos del músico erizaba, traía fatal nueva para la asociación, y en exornarla, abultarla, prevenir los ánimos y carraspear antes de darle suelta, aburrió al concurso soberano. Simón le gritó:

—Maestro, déjese usted caer.....

Y al fin se supo, luego de desenvolver la noticia del retórico artificio, como estos confites revenidos cubiertos de papel plateado, que el Gobierno se negaba á subvencionar con cantidad alguna á la sociedad;

sabíalo por Luces, el literato, á quien el mismo Leonardo Samos había encargado solicitara esa gracia del ministro, doctor Trujillo, es decir, que le sondeara con habilidad, y si se mostraba propicio, le avisara, para presentarse en debida y respetuosa forma.

—Dígales á los amigos del *Fomento*—recomendó al salado poeta el grande hombre (me refiero con este epíteto á don Buenaventura Luces y no al doctor Trujillo, aunque la fama coloque á ambos en la misma envidiable altura)—dígales que he encontrado en mi insigne amigo las mejores disposiciones y buena voluntad, pero... que él no está por las Bellas Artes, ni las muestra afición, ni reconoce utilidad. Sin llevar miras de ofenderme, naturalmente, y con sencilla franqueza, me confesó que él apreciaba más un buen caballo de carrera, que el cuadro, el libro ó la estátua de mayor precio; y que, por encima, y muy arriba de los nombres célebres de tales y cuales artistas, ponía él á don Salustiano Pozuelo, por

ejemplo, fundador de un *stud* valiosísimo, á don José Pérez de Sangil, criador inteligente, á quien la ganadería argentina tan grandes progresos debía, á don Javier Guerra, agricultor, hacendado antiguo y meritísimo....! Y añadió, sonriéndose de la manera *trujillesca* de que ya tomó nota la historia: «¿Sabe usted, amigo Luces, si alguno de los jóvenes románticos que componen esa sociedad tiene en estudio un método para extinguir la langosta, ó remedio contra la filoxera, ó receta para la hormiga negra y los bichos de cesto? pues si en alguna de estas cosas útiles se ocupan, que cuenten segura la subvención.» Tal es la síntesis de mi entrevista con el doctor Trujillo. Por lo demás, manifieste de mi parte al amigo Samos que le soy muy afecto y quedo completamente y sin reticencias á sus órdenes.

—¡Y colorín, colorao!—exclamó Simón; —tú, Roberto, Montiel, gran Leonardo, padre y presidente nuestro, á todos os concedo la palabra.

—Yo digo—saltó el *Mozart* de escasas carnes—que el señor doctor Trujillo será todo lo grande é ilustre que sus amigos quieran hacerle, pero sus declaraciones últimas prueban que no pasa de la más desconsoladora medianía.

—Hombre de espíritu mezquino—intercaló el poeta en salmuera, que no halla recreo ni placer, sino en el aire de los establos.

Leonardo se asomó al patio, llamó á Rocco y díjole que trajera té; luego, delante de la mesa-escritorio, en el sillón presidencial se sentó, contrariado. Con un lápiz, que halló cerca, sobre un trozo de papel dibujaba caprichosos perfiles; y ni á Simón Llano, que intencionadamente le azuzaba, ni á las alusiones que unos y otros le dirigían, contestaba palabra. Una vez miró á Roberto, y el desfallecimiento de aquella cabeza juvenil sobre el pecho acongojado le hizo tanto daño, que la punta del lápiz se quebró bajo la presión rabiosa de su mano.

Todos fumaban. En una nube de humo,

que el gas calentaba y hacía irrespirable, los hombres se movían, discutiendo. Cuando llegó Rocco, en ambas manos descansando la bandeja de metal blanco con el modestísimo servicio de té, muchos protestaron, y pidieron cerveza ó limón helado, para refrigerar las fauces. Y como álguien dijera:—¡Eso es comida cara para estudiantes!... en tanto que el gran Leonardo, armado de la tetera, servía con parsimonia cada taza, Simón, el travieso, enfáticamente levantó la voz:—¡Tomad y bebed, hijos míos, que esta es agua del Plata, y filtrada!

Con lo que estalló tan grande risa, que hubo de repiquetear Leonardo con una cucharilla.

El grave problema del sostenimiento de la sociedad, más necesitada de puntales seguros que de líricos entusiasmos, apasionaba á los honorables miembros de la junta; porque, francamente y sin ambajes, aquello no tenía cimientos sólidos. La que recibiera la alta misión de *fomentar por todos los medios el gusto artístico y su cultivo en*

la República, carecía del medio más eficaz, el circulante... muchas deudas, ningún depósito, socios, ¡vergüenza da el decirlo! que no pagaban, otros que pedían su eliminación de la lista, por tibieza ó falta de recursos. Negado el auxilio oficial, ¿qué hacer? ¿á quién acudir? La voz desabrida del poeta formulaba cada pregunta, y todos, en las obscuras profundidades de las jícaras, buscaban la resolución del conflicto y del pétreo terrón de azúcar. Apuntó su pensamiento el músico; otro, poeta modernísimo, abrió el pico y nadie entendió lo que dijo; Simón Llano, con pesadez de borracho, insistía en su idea salvadora de levantar la tienda y dejar el campo:

—No hay más remedio, convénzanse ustedes, señores y amigos, estamos haciendo el oso. ¿Qué fruto ha de darnos nuestra propaganda en terreno que no se halla preparado para el cultivo de esta flor divina que se llama arte? Todos están sordos, y predicamos en desierto. Cinceles y pinceles, plumas elocuentes y sentimentales, colga-

dos queden del árbol de nuestras ilusiones, como la espada del guerrero vencido, y á empuñar quién la azada, quién el martillo, quién la pala, y á trabajar en la forma y manera que aquí es fuerza hacerlo para que dé rendimiento y beneficio bastantes. Aquel de vosotros que por lujo ó vocación haya cursado estudios superiores, y ostente el título de doctor, título nobiliario por el barniz que al apellido de tontos y advenedizos presta y las muchas puertas que á su impulso se abren, ese será el escogido, ese el que para todo puede servir, y fregará ó barrerá á su antojo en el comercio, en la política, en la magistratura..... Pero, ¡por todos los santos! ¡descendamos á la tierra, veamos dónde ponemos los pies, y andando! Licenciemos nuestras escasas fuerzas, sacudamos el polvo de nuestra derrota, y antes de morir de hambre y de sed en el Sahara de nuestros desengaños, vamos al templo del dios que derrama la abundancia sobre esta gran ciudad, y al pie del tabernáculo digamos: ¡Yo pecador!

A guisa de punto final de este discurso semi-jocoso, dió con el junco un porrazo sobre la mesa, que hizo danzar el escuadrón de tazas en la bandeja; á tiempo que una palabra resonaba en la sala, como espada que con violencia se saca de la vaina.

—¡Traidor!

Era Tobías Montiel, muy pálido, temblándole los labios coléricos, abrasado en santa ira.

—¡A ti te lo digo, Simón! ¡y entiéndanlo cuantos me oyen! cuantos, engañados por las sofisterías de este mal apóstol, se sientan inclinados á renegar de su credo artístico. Ganas me vienen, Simón, de arrojarte de esta sala, como á mercader que nuestro templo deshonra. ¿Cuándo se han escuchado aquí conceptos semejantes á los que este espíritu ramplón, no menos que el del ministro Trujillo, cuyas ideas rastreras me han herido profundamente, como argentino y como artista, cuándo, repito, se han dicho cosas tales como las que Llano acaba de predicar sin rubor, ni remordimiento? Ma-

tar entusiasmos es mala acción y dañosa, porque sin entusiasmo no se va á ninguna parte. ¿Dónde está la derrota á que este Judas se refiere? (sí, ríete, ríete, que va de veras) ¿dónde está? ¿que tenemos dificultades? ¿que carecemos de fondos suficientes? ¿que se nos niega protección? ¡pues esa es la lucha, señores, la lucha nobilísima que nos hemos empeñado en sostener! El *Fomento* es para nosotros lo que para los primeros cristianos las catacumbas! lugar de reunión, apartado y seguro, donde no puede y no debe penetrar el odioso mercantilismo, sagrado recinto cuya atmósfera no está inficcionada por esos miasmas del exterior, tan sutiles como venenosos, devoradores de toda idea generosa, y el amor de la gloria, la esperanza en el porvenir y en nuestro triunfo futuro se mantienen frescos y constantes. Que lo diga cualquiera de vosotros, aquel que sea sincero y no le asuste la verdad: entramos aquí con el desaliento en el alma y salimos reconfortados, seguros de vencer, de vencer! Yo os pregun-

taría el día que estas puertas se cerraran, qué haríais de vuestras horas de asueto, á dónde llevaríais vuestros entusiasmos artísticos; de mí sé decir que, desorientado, hecho á la contemplación admirativa de las obras maestras que, siquiera sea en copia menguada, puedo aquí satisfacer, enfermaría de nostalgia y moriría de languidez. Porque yo soy de los que no se abaten, ni están prontos á colgar el cincel, vencido, porque los vientos no soplen favorables. Soplarán, sí, hoy, mañana, pasado, pero soplarán. El porvenir es nuestro. ¡Adelante! caigan los débiles, apártense los tibios, huyan los cobardes, que la palma victoriosa graciosamente se balancea en la cumbre y al puñado de valientes espera. Cállate, pues, Simón, mala lengua, vendido al oro de la época, y déjanos combatir solos en la brecha mientras tú apacentas y engordas tus apetitos y tus marranos!

Calló; y electrizados, todos aplaudieron. Había pasado por su boca el aliento inspirador del padre Mártir, y con tan eficaz

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

auxiliar arrebató y arrastró los ánimos de la asamblea. De pie Leonardo, fosforescentes sus ojos azules, extendía el brazo cual si fuera á pronunciar solemne juramento; y Roberto Fontes se abrazaba al orador, con alegría de niño que una palabra oportuna distrae y hace olvidar su pesar:

—Mira, Montiel, compañero, te digo que me dan ganas de llorar.....

El *Mozart* flacucho, el poeta y los otros oyentes alzaban las manos, aplaudían, voceaban:

—¡Sí, sí, á luchar y á vencer!

Hasta el mismo Rocco acudió alarmado con tanto palmoteo, y en las salas de enfrente muchas cabezas curiosas y risueñas se asomaban.

Y como el réprobo, como el ángel maldito, Simón Llano mordía el puño de su bastón. Dejó que el alborotado concurso se calmara, esperando silencioso, vuelto hacia el triunfador con sorna y en burlesca actitud; y soltó, de pronto, ruidosa carcajada..... Había remolineado el junco y con él señalaba á Tobi:

—¡Oye, tú—gritóle—soñador impenitente, ciego para la realidad, sordo á la razón, babieca insigne! ¡acuérdate de quién te habla ahora y de lo que va á decirte, acuérdate de este reto, de esta amenaza, de esta palabra sola: ¡Al tiempo!..... ¡Emplazado quedas!